



EL EJÉRCITO NACIONAL

Leyendo en «El Liberal» de Madrid una crónica de la campaña marroquí, de Leopoldo Bejarano, sobre «El espíritu de la oficialidad», hemos vuelto la mirada al fracaso de aquel movimiento de sedición que estalló en Barcelona el 1.º de junio de 1917 y al fracaso de las primitivas Juntas de Defensa, que luego las domesticaron convirtiéndolas en Juntas técnicas. ¡Y lo que se retiró de todo ello desde Cuba el ex coronel don Benito Márquez, a quien se le llegó a llamar Benito II!

Leopoldo Bejarano hace notar que las Juntas de Defensa «han castrado el espíritu militar de la oficialidad» al hacer que se fuese a África por turno y que se suprimiesen las recompensas. «So color de limpieza moral—escribe—se suprimieron muchas de éstas (de las recompensas) y se hizo imposible, o casi imposible, el ascenso por méritos de guerra. Al parecer perseguían las Juntas acabar con una orgía de mercedes que estaba dando al traste con la satisfacción interior de la oficialidad. Pero el resultado ha sido muy otro.»

Sí, el resultado ha sido muy otro; pero si se hubieran seguido los procedimientos anteriores a junio de 1917 el resultado habría sido el mismo o peor aún. Las Juntas de Defensa en su primitiva actuación, la revolucionaria, la de junio de 1917, parece que se revolaban contra el favoritismo y contra el nepotismo. Para ascender a general, o para que se le enviase a uno a adquirir méritos, más o menos reales y propios, para el ascenso había que ser sobrino o yerno y sobre todo pasar por cierto palacio y dar allí la cabezada de la servilidad. Se lo hemos oído a algún coronel que no ascendía.

Y es que en vez de tirar a hacer un ejército nacional se tiraba a hacer un ejército dinástico. Venía de la Regencia el cuidado en escoger generales y obispos, buscando, no los más capaces, sino los más dinásticos, por no decir los más serviles. El ejército no había de ser de la patria, sino del patrimonio; no de la nación, sino del reino. Y a esto es a lo que principalmente se han debido las faltas de la satisfacción interior. Han sido una consecuencia de la doctrina antipatriótica e indisciplinaria de la consustanciación del régimen monárquico con la nación. Y a esto se debe más que a otra cosa el desastre de Marruecos.

La aventura marroquí, por otra parte, tampoco es nacional; la nación no la siente; más aún, la nación la repudia. Y

a pesar de lo que decimos de su falta de pulso, de la indigencia de opinión pública, del acorchamiento del ánimo popular, si se le dejara pronunciarse libremente se vería como la rechaza. La aventura marroquí es una aventura dinástica y de la oligarquía de logreros que se apoya en el trono. Y es ante todo y sobre todo una «diversión estratégica», un medio de distraer al pueblo y un medio acaso de distraer el presupuesto y dilatar la reforma tributaria.

«La verdad es — escribe Bejarano — que las Juntas lo que hicieron fué poner al ejército de África, que debe ser ejército de selección, en idénticas condiciones

— ¡terrible absurdo! — que el ejército de la Península.» Ejército de selección, sí, ¿pero quién selecciona? ¿Quién seleccionó al desgraciado general Silvestre? ¿De qué favor gozaba éste?

Dice luego Bejarano: «Si las Juntas, que tuvieron una fuerza efectiva, hubieran querido «de veras» purificar lo de las recompensas, que se daban, en efecto, con prodigalidad y por parcialidad manifiestas, con residenciar a los generales que siendo ministros de la Guerra causaron el daño, estaba conseguido su propósito. Pero las Juntas no se atrevieron a tanto y cortaron por lo sano.» Residenciar a los generales que habiendo sido ministros de la Guerra causaron el daño! ¿Y sólo a ellos? Aunque sí, según la Constitución — yacente y no vigente, — los ministros son los responsables de los daños, aunque no respondan cuando tienen que encubrir la irresponsabilidad ajena.

Y aquí vendría bien contar cierta emocionante escena ocurrida en cierta cámara entre tres actores, uno de ellos el que fué capitán general y ministro señor Primo de Rivera, otro el general Andino, ya retirado, y otro más, y ello por haber sido ascendido, y no a propuesta del ministro, el señor Miláns del Bosch, hijo de uno de los que echaron a Isabel II del trono, y que a esto, a la expulsión de aquella reina, debió el principio de su carrera. La escena fué edificantísima y será contada algún día.

¿Nacionalizar el problema de Marruecos? Sí, y nacionalizar el ejército también. Que de haberlo, sea de la Nación y no del Reino.

Hay que acabar con aquella antigua expresión de «ir a servir al rey». Ir a servir a la nación, y cuando la nación lo quiera y lo mande, y por su órgano propio. Y nada de la G. de Dios, que ni es gracia ni es divina.

Miguel DE UNAMUNO.

